

En la interpretación del movimiento estudiantil de 1968 se contrastan las razones de Estado y aquellas que señalan el carácter antidemocrático de la represión. Han pasado cuarenta años y en los renovados debates para la democratización del país, ángulos más detallados y una ampliación de perspectivas, han dado un carácter más amplio a lo que sucedió entonces.

El texto de Gerardo Estrada repasa el significado histórico de aquel movimiento social y distingue los valores que dejó a los mexicanos de hoy. Carlos Sevilla nos ofrece un tiempo complejo de rupturas, que cruzaron la vida cotidiana y alcanzaron, en el reto a la autoridad del gobierno, un quiebre universal de valores que no detendrían ni los años de encarcelamiento.

“Cuarenta y veinte. Sesenta y ocho...”

GERARDO ESTRADA

Veinte años, en promedio, era la edad que teníamos hace cuarenta años los que participamos en los conocidos sucesos de la década de los sesenta.

La perspectiva histórica personal nos enfrenta a una paradoja curiosa: entre más cercano nos es un acontecimiento, más confuso nos parece y si, por el contrario, dejamos pasar mucho tiempo antes de tratar de analizarlo objetivamente (si ello es posible) sucede lo que con nuestras experiencias biográficas, incluso las más íntimas: las idealizamos y entonces lo que nos resta es dar sólo nuestro testimonio.

Hoy, a muchos jóvenes el 68 poco les decía hasta antes de estas fechas, salvo por los recuerdos de algunos adultos, quizás un poco extraños dentro del seno familiar; es una historia que combina la tragedia y el romanticismo, una época que se mira con nostalgia, pero de la cual no se alcanzaba a explicar por qué era importante y por qué seguía provocando que muchos jóvenes y adultos acudan cada 2 de octubre al mismo sitio a recordar lo que ahí había sucedido.

Algunos padres de estos jóvenes vivieron con gran intensidad el transcurrir de aquellos meses que marcaron su vida. Otros lo vivieron con la incertidumbre sobre el futuro que les ofrecía su país después del desenlace trágico del 2 de octubre en Tlatelolco. Otros muchos se enteraron, años más tarde, de que 1968 no sólo fue el año de las Olimpiadas.

A estas alturas, algunos miembros del *establishment* de entonces siguen insistiendo, para explicar

lo que sucedió, en la simplista y absurda teoría de las conjuras comunistas internacionales desestabilizadoras. Para la mayoría de quienes participaron se trató de la actitud de un gobierno irremisiblemente autoritario, casi dictatorial, que había respondido con la violencia a demandas legítimas.

Para quienes resultaron heridos y para quienes fueron injustamente encarcelados seguramente es algo más que un recuerdo.

Pero para el resto de los mexicanos era, y sigue siendo, algo que sucedió sin que pueda explicarse claramente, mucho menos su dramático desenlace y cómo y por qué sus consecuencias en nuestra historia determinaron, en múltiples aspectos, lo que somos los mexicanos de hoy.

El chauvinismo y el provincialismo que nos caracterizan han propiciado que en la mayor parte de los libros y artículos publicados sobre el tema se haya omitido el hecho fundamental de que las movilizaciones estudiantiles se dieron en ese año no sólo en México, sino prácticamente en todos los continentes, en países tan distintos como Francia y Estados Unidos, en India y Checoslovaquia, etcétera.

Sólo en años recientes, y seguramente ante el reconocimiento del impacto que esos eventos tuvieron en cada uno de esos países, independientemente de las causas que perseguían (la guerra de Vietnam, el mayo francés, etc.), es que en México se ha comenzado a pensar en otros términos y aceptar que más allá de la dimensión estricta-

mente política de los sucesos, éstos se dieron en el contexto de profundos cambios sociales y culturales en todo el mundo y que también en esos años se definió y determinó gran parte de lo que hoy es y vive la humanidad.

Lo que en esos años se cuestionó, más allá de las circunstancias, fue la forma de concebir las relaciones entre la sociedad y el poder, entre los hombres y las mujeres, entre los jóvenes y los adultos, entre los artistas, la sociedad y el Estado.

La década de los años sesenta fue clave en México porque el desarrollo de la economía y la sociedad, producto de los cambios propiciados por la Revolución de 1910, particularmente el avance de sus clases medias, enfrentó en ella su primera crisis profunda. Los más destacados intelectuales de la época habían hecho el diagnóstico de sus males.

En diversos textos, pensadores como Octavio Paz, escritores como Carlos Fuentes, ensayistas políticos como Daniel Cosío Villegas, Pablo González Casanova, José Iturriga, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Francisco López Cámara, desde distintas perspectivas, coincidían en señalar dos problemas fundamentales del momento (y a los cuales, cuarenta años después, no acabamos de encontrar la solución ni ponernos de acuerdo).

Uno, es la severa desigualdad económica y social que ha mantenido en la marginación a gran parte de nuestra población. El otro, el agotamiento del modelo político nacido de la Revolución de 1910. Ambas cuestiones están en el trasfondo histórico de lo que sucedió en 1968 en México.

La causa nacional esencial de los acontecimientos del 68 fue la crisis del sistema político mexicano. La nueva generación se enfrentaba a una inmovilidad política que eliminaba la garantía de ascenso social. El sistema político encontraba sus límites y estrechaba sus capacidades.

No es gratuito que al 68 lo hayan precedido, entre otras cosas, la explosión urbana y el afán cosmopolita del régimen de López Mateos, que sentó las bases para que, precisamente en ese año, se realizara el primer acto internacional de envergadura en México: las Olimpiadas, acto que fue visto como una confirmación y un reconocimiento al “progreso” de la nación.

Fueron estas situaciones las que constituyen el marco que permite explicar y desmitificar el movimiento estudiantil, más allá de supuestas conjuras

e irresponsables conductas políticas, más allá de acusaciones partidarias en uno u otro sentido. Los actores del 68, en particular los estudiantes, no pertenecían o militaban en algún grupo político; eran jóvenes con inquietudes sobre su futuro y con un sentido romántico y, por qué no decirlo, hasta patriótico de lo que debía ser una sociedad justa y democrática, tal y como les habían enseñado en la escuela y en los discursos políticos.

Por eso participaron con gran espontaneidad en el movimiento jóvenes que, en términos ideológicos, tenían poco en común. Por eso hubo una gran capacidad de convocatoria y por eso hoy, aunque muchos de ellos se encuentran en las más distintas posiciones políticas, laborales o ideológicas, existe algo en lo que siguen coincidiendo: la búsqueda de fórmulas que permitan transitar, sin violencia y sin perder lo ganado, hacia una sociedad más justa en todos los órdenes.

Como suele suceder en toda crisis de crecimiento, las sorpresas sobre las conductas sociales fueron muchas. Así, los sectores conservadores de la sociedad mexicana no comprendían por qué aquellos a quienes la sociedad había dedicado sus mejores esfuerzos (la construcción de la Ciudad Universitaria y de la Unidad Zacatenco del IPN), privilegiados del sistema, se rebelaban sin una causa aparente, reunidos en torno a una serie de peticiones que, vistas a distancia, parecían simplistas o bien políticamente maniqueas.

Algunos funcionarios y políticos, incapaces de entender la espontaneidad del movimiento social, sólo vieron intrigas palaciegas en torno a la sucesión presidencial, cuando no con paranoia chovinista argumentaban la intervención y la perversión de los “profetas de la destrucción” apoyados en fuerzas e intereses extranjeros.

Algunos analistas simpatizantes del movimiento piensan que la desmesurada y brutal reacción del gobierno y el aparente desorden de sus acciones, eran parte de una estrategia calculada del régimen para reprimir a los movimientos sociales, pero estoy convencido de que eran consecuencia de la confusión, la estupidez, la desinformación y la arrogancia del poder que le impedía comprender la necesidad del cambio.

El momento y las características del sistema político mexicano en ese tiempo convierten en responsables, no sólo políticos, sino incluso penales, a

quienes tomaron las decisiones que condujeron a los sucesos de la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre, eso, me parece, está fuera de discusión. Sin embargo la comprensión en su conjunto del momento es indispensable precisamente para dilucidar responsabilidades y aprender de la experiencia, distinguiendo entre lo que fueron decisiones particulares, individuales o colectivas y lo que eran tendencias sociales generales.

El pliego petitorio, en su simpleza, condujo al país al reconocimiento de que no todo marchaba idílicamente y que era necesario un reajuste político, social y económico. La brutal respuesta de fuerza del gobierno lo comprobó de manera fehaciente. En esos hechos y el empeño permanente desde entonces por transformar a México por vías democráticas se finca el significado histórico de 1968.

La otra vertiente de estos sucesos se refiere necesariamente a la pregunta de por qué hubo una coincidencia de movimientos estudiantiles en países tan diversos como la India, Checoslovaquia, Francia, Estados Unidos o México. Para contestarla, habría que volver a considerar esta historia desde una perspectiva más amplia, diríamos hoy, global.

Lo que cabe resaltar primero es el sueño marxista de trascender las fronteras políticas y oponer un frente común al desarrollo del capitalismo; de que la clase obrera internacional se asociara más por sus valores de clase que por sus valores nacionales —cumpliendo con la consigna de “proletarios de todos los países, uníos”. Ese sueño de crear una comunidad mundial de “explotados”, que no se realizó en ninguna de las “internacionales”, sólo tuvo una posibilidad real en 1968, pero no con obreros, sino con sus hijos y los de la burguesía. En efecto, si históricamente ha habido un momento en donde grupos sociales semejantes, pero con distintos orígenes nacionales y culturales, se han vinculado de manera global, éste ha sido 1968.

De esta coincidencia surgió la primera auténtica revuelta social internacional: la de los jóvenes. Efectivamente, en los países en donde se produjeron protestas en ese año los participantes eran estudiantes que en su mayoría provenían de universidades públicas, de las clases media y media superior.

A ello habría que agregar que, si bien es cierto que siempre se ha considerado a la juventud como la mejor etapa de la vida, nunca, como en esos años, se glorificaron tanto sus virtudes y posibili-

dades. La cultura de masas reafirmó el éxito social en el valor de lo joven.

Hay otros comunes denominadores que nos ayudarían a comprender el carácter internacional de la protesta. En primer lugar, la transformación del modelo económico mundial, al consolidarse las empresas transnacionales y fortalecerse las grandes corporaciones que derriban fronteras y establecen nuevos códigos de producción y consumo que homogeneizan ciertas prácticas económicas cotidianas.

En segundo lugar, la supremacía de las concentraciones urbanas sobre la vida rural; las grandes metrópolis se consolidan como la forma humana de convivencia más extendida.

En tercer término, la revolución de los medios de comunicación. No deja de ser significativo que la primera transmisión mundial por televisión tuviera lugar durante esa década; fue lo que permitió a Marshall McLuhan hablar de la “aldea global” y que dicha transmisión incluyera a quienes seguramente han sido el símbolo juvenil más importante de la segunda mitad del siglo xx en términos musicales: los Beatles, con una canción cuyo título simple, comprensible para todos, pretendía dar una fórmula para solucionar tanto los problemas individuales como los colectivos: “All you need is love”. Es la época de las minifaldas con sus destellos luminosos.

Un cuarto aspecto que hoy ha sido ampliamente reconocido en todo el mundo y por supuesto también en México, es que en esa década se vivió una gran transformación, me atrevería a decir una verdadera revolución en el mundo del arte, en el que en todas las disciplinas la renovación, el cambio de paradigmas y normas preestablecidas marcaban la pauta. La consigna “la imaginación al poder” está en el orden del día desde fines de los años cincuenta.

El cine por ejemplo, con la *nouvelle vague* francesa, el *cinema nuovo* brasileño, el *cinema verité* italiano, daba muestras de sus capacidades estéticas y políticas a la vez.

En México, en especial, fueron años de cambios muy significativos en los que jugó un papel determinante la Universidad Nacional Autónoma de México a través de la Dirección de Difusión Cultural, bajo la conducción de Jaime García Terrés. Fueron los años de la generación de “la ruptura” en las artes plásticas, del mejor teatro universitario, de la

aparición de Eduardo Mata en la música, del florecimiento de los cineclubes, etcétera.

Habría un elemento más, seguramente el más importante en esta globalización cultural y social que tendría efectos sobre toda la humanidad: la invención y comercialización masiva de la píldora anticonceptiva. La revolución de las mujeres, que por primera vez en la historia tenían al alcance de sus manos la decisión de embarazarse o no, las igualaba a los hombres; hecho que no ha acabado todavía de expresarse en todas sus consecuencias.

Lo que es inobjetable es que la llamada revolución sexual de los sesenta no sólo alteró la relación con el cuerpo sino también el espíritu de una generación que descubrió más intuitiva que conscientemente a Freud, Reich y Marcuse; que descubrió que la sexualidad es algo más que reproducción o placer. Todos estos elementos explicarían por qué una de las imágenes más bellas del mayo del 68 parisino, que se reprodujo en todas partes del mundo, fue la de aquella joven francesa llevada en hombros por sus compañeros que desfilaban gallardamente por el Barrio Latino.

Hoy sabemos que la globalización impuesta primero a través de la economía, mediante las empresas transnacionales, y más tarde a través de los medios de comunicación, no tuvo como consecuencia la fraternidad universal; hoy sabemos que, más allá de las barreras nacionales, de clase e ideológicas, hay barreras culturales, fundamentalmente religiosas, que no sólo impiden la integración de naciones, sino que acaban por destruirlas, y que después de la caída del muro de Berlín no logramos la paz y la estabilidad que creíamos encontrar con ello.

Lo cierto es que en cada movimiento estudiantil del 68, en todo el mundo, lo que estaba presente era una utopía, cualquiera, todas las utopías de la historia, y que esas movilizaciones se fincaron en la vinculación entre lo personal y lo colectivo, entre lo nacional y lo universal que hay en los seres humanos: la aspiración a vivir bien sin menoscabo de nadie. No se podría negar que es mejor hacer el amor que la guerra, aun con el riesgo del sida, que seguramente llegará a eliminarse; no así los horrores de guerras y de las revoluciones violentas que sólo interesan a pocos y que esos pocos suelen ser los únicos que no mueren en ellas.

Sin estos elementos es imposible comprender la profundidad y el alcance de los sucesos de aquella

época. Y es que más allá de los indicadores económicos, políticos o sociales, persisten condiciones de la existencia que nos hacen, antes que partes de una nación, raza, clase, religión o ideología, miembros de la humanidad.

Se podría decir que otros acontecimientos históricos de esos años han tenido repercusiones internacionales importantes, pero la guerra de Vietnam no se repitió en otros lugares; tampoco la de Bosnia, aunque estas regiones tuvieran semejanzas con otras, como la de su pasado bajo hegemonías político-militares.

Hoy se celebra la derrota de las ideologías, pero al mismo tiempo lamentamos, de algún modo, que suceda. Los jóvenes de principios del siglo XXI son más lúcidos, más prácticos, más informados que los de los sesenta, pero el drama es que, con su acendrado individualismo, con su desapego a valores tradicionales que se agotan, unos para bien, como los nacionalismos chovinistas, otros para mal, como las formas de solidaridad ideológicas o intelectuales, se podrían perder posibilidades para que el género humano encuentre valores comunes, ideas que vayan más allá de los patrones de consumo que comparten.

No deja de ser esperanzador y conmovedor el que muchos de los bailes modernos tengan un carácter colectivo, con aspectos que nos remiten a ritos tribales como el *slam*.

Si hoy México y el mundo son diferentes es porque hubo una generación entera, cuya historia todavía está por escribirse, que abrió los espacios políticos tradicionales, que se dio la oportunidad de cambiar el mundo. La del 68 mexicano seguramente pasará a la historia como una generación anónima que, sin saberlo y sin creérselo, logró junto con miles de jóvenes de otras naciones, la “primera internacional” de la utopía y de la razón frente a los excesos del poder.

Nunca, como hoy, ha hecho tanta falta a la humanidad una convicción profunda. El fin de las ideologías, el individualismo, el pragmatismo podrían fácilmente convertirse en cinismo, no sólo en términos de moral, sino de conducta social, y ello no contribuiría a una mejoría para todos. Volver los ojos y la reflexión a los valores que animaron el espíritu de los sesenta será seguramente útil para encontrar las ideas con las que la humanidad habrá de enfrentar sus nuevos desafíos.